

Este documento ha sido descargado de:
This document was downloaded from:



**Portal *de* Promoción y Difusión
Pública *del* Conocimiento
Académico y Científico**

<http://nulan.mdp.edu.ar> :: @NulanFCEyS

HALPERIN, LEANDRO. Facultad De Ciencias Sociales – Universidad Nacional de Buenos Aires

El período histórico que va entre 1930 y 1962 presenta importantes cambios de perspectivas en lo que respecta a las relaciones de los movimientos obreros en la Argentina con el Estado.

Con el objetivo de ser dinámico y ordenado, propongo fragmentar estos 32 años de historia en 3 etapas que, considero, constituyen cada una de ellas períodos particulares según sus contenidos. El primer segmento es el que extiende entre 1930 y 1943. Trataré aquí las relaciones de un movimiento obrero en "vías de desarrollo", con un estado liberal, al mando de una derecha conservadora que ha dado pobres respuestas a los reclamos provenientes de la clase trabajadora.

A partir de 1943, con el golpe militar del G.O.U y el ascenso del peronismo se producen cambios radicales en el modelo de país y las formas de interacción del Estado con la sociedad en general, y con el movimiento obrero en particular.

Por último desarrollaré la tercera etapa, que va entre los años 1955 y 1962, y representa el momento de la consolidación del movimiento obrero como actor político en la Argentina.

Introducción

El período histórico que corre entre 1930 y 1962 presenta saltos importantes en lo que respecta a las relaciones del movimiento obrero con el Estado argentino y sus impactos sobre el sistema político.

En el intento de desarrollar este trabajo de manera dinámica y ordenada, me he propuesto fragmentar estos 32 años de historia en 3 etapas que, considero, constituyen cada una de ellas períodos particulares según sus contenidos.

El primer segmento se extiende entre 1930 y 1943. Durante esa época trataré las relaciones de un movimiento obrero "en vías de desarrollo", con un estado liberal, dirigido por una derecha conservadora que en el afán de consolidar en la argentina un capitalismo confeccionado a su medida, poco se ha preocupado por atender los reclamos provenientes de la clase trabajadora y las diversas organizaciones que la representaban.

A partir de 1943, con el golpe del G.O.U y el ascenso del peronismo se producen cambios radicales en el modelo de país y las formas de interacción del Estado con la sociedad en general, y con el movimiento obrero en particular. Este segundo período encuentra, a mi criterio, su fin en el año 1955 con la irrupción inconstitucional de la "Revolución libertadora". Ciertamente dentro del lapso que abarca el peronismo en la argentina también pueden encontrarse cambios importantes en lo que respecta al tema de investigación de este trabajo. Pero no por obvio es menos importante destacar que esos cambios podrían inscribirse como una subperiodización de esta segunda parte, ya que no significan mutaciones del modelo político – económico en nuestro país.

Por último desarrollaré la tercera etapa que corre entre los años 1955 y 1962, que representa el momento de la consolidación del movimiento obrero como actor político en la Argentina.

1930 / 1943

Luego de la crisis económica de 1929 un gran número de los países del mundo se vieron seriamente afectados por los desastres económicos producidos a causa de la caída de Wall Street. Evidentemente la Argentina no fue la excepción a la regla. La prosperidad económica que vivió nuestro país durante casi la totalidad de la década del '20 se vio entonces interrumpida drásticamente por una situación enmarcada en el contexto internacional que la excedía.

La imperiosa necesidad de encontrar salidas al ahorque económico, llevó a quienes detentaban el poder a entender que el modelo de país agro exportador de materias primas ya no era viable. Se imponía entonces la necesidad de desarrollar la industria (aunque vale aclarar que el proceso de industrialización data de fechas más tempranas) por dos motivos básicos: por un lado para poder producir aquellos bienes que anteriormente se importaban y que ya no era posible continuar haciéndolo a causa de la crisis. Por el otro, para no depender pura y exclusivamente del éxito del agro en sus transacciones comerciales.

El desarrollo del modelo de sustitución de importaciones fue entonces la respuesta que dieron los primeros gobiernos de la década del '30 al gran problema económico. Sin embargo, este cambio en la manera de producir y comerciar en la Argentina aparejó consigo profundas transformaciones sociales en la organización del país.

Debido a la importante oferta de puestos de trabajo en las fábricas ubicadas en los centros urbanos más desarrollados, se dieron en la Argentina numerosas migraciones internas del campo a la ciudad. El movimiento inmigratorio proveniente del exterior cesó marcadamente hacia 1930; y comenzó a ingresar, aunque en mucha menor medida, una inmigración que provenía ya no de Europa sino de nuestros países vecinos.

Buenos Aires, que hasta ese momento era una ciudad poblada casi en su totalidad por clases medias y altas, recibió durante esta década una importante masa de campesinos muy empobrecidos que se acercaban en busca de la posibilidad de emplearse en las fábricas.

No obstante, este nuevo desarrollo económico representaba una modernización en la forma de comerciar y de producir, pero no admitió innovaciones en las relaciones de trabajo.¹

Como sugiere R. Dolkhart en su estudio sobre "*La derecha durante la década infame, 1930-1943*", a los conservadores, quienes aparte de gobernar el país eran los propietarios de los establecimientos fabriles, les interesaba mantener los costos laborales lo más bajo que les fuese posible. Y la respuesta que creían más efectiva ante los conflictos con la clase trabajadora se materializaba en la represión.

Si bien los movimientos obreros en la Argentina habían comenzado a surgir a fines del siglo XIX, casi 30 o 35 años después todavía no constituían un importante grupo de presión. Es cierto que sobre todo durante los últimos años de la década del '20 el número de huelgas se había multiplicado, pero el sector de trabajadores era aún muy heterogéneo en su formación y el tipo de reclamos que efectuaban.

Mientras tanto, la derecha estaba preocupada básicamente por el fantasma de la Revolución Rusa con el consecuente avance del comunismo en el mundo; y en su imaginario autoritario que los designaba a ellos como los únicos que podían llevar adelante el país, también se alojaba la idea de que todos aquellos que se les oponían eran comunistas (a excepción, claramente, de los sectores de la UCR).

Según R. Dolkhart, la CGT recientemente creada para ese entonces, representaba la organización sindical más importante. Sin embargo en la agenda de sus reclamos no se incluía la participación política a pesar de las fuertes represiones que sufrieron los obreros durante las presidencias de Uriburu y de Justo.

Los gobiernos que se fueron sucediendo entre 1930 y 1943, corruptos y elitistas, excluyeron sistemáticamente a los trabajadores de la arena política. Su misión, condescendiente con la filosofía liberal era la atomización de la sociedad, sobre todo en aquellos sectores que pudieran ocasionarles problemas.

¹ Sin embargo existen posturas diferentes al respecto que entienden que las decisiones tomadas por Perón –posteriormente– representan la cristalización de tendencias previas. Con lo cual se podría aceptar la idea de que durante la década del 30 se fueron gestando condiciones para las transformaciones peronistas en el ámbito de las relaciones de trabajo. Este es el caso de Gaudio, R. y Pilone, J., retomados por Cerra, A. en "*El modelo de las relaciones del trabajo en la Argentina desde la perspectiva de las ideas*", en: "*Industrialismo y Nacionalidad en Argentina y Brasil*", Blanco, T., Cerra, A., Jáuregui, A., Lucchini, C. y Perissinotto, R., Buenos Aires, Ediciones del signo, 1999. Pág. 115 y 116.

Dentro de esta relación fría del Estado para con el movimiento obrero, uno de los personajes más significativos — como lo destaca Dolkhart — fue el entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires Manuel Fresco.

La derecha en la Argentina a partir de 1930 sufre en desmembramiento entre un ala tradicional constituida por los viejos conservadores y un sector nacionalista, de carácter militar. Desde la posición del conservadurismo durante esos 13 años se puede concluir en que los vínculos con los movimientos trabajadores eran muy poco importantes más allá de asegurarse el nivel de explotación necesario para el “buen” funcionamiento de sus negocios. Pero desde la perspectiva del joven nacionalismo, los obreros significaban mucho más que eso. Los trabajadores representaban la existencia de un monstruo revolucionario, antiargentino, conformado por socialistas, comunistas, anarquistas y, por qué no, “judíos”. La idea de los nacionalistas suponía que aparte de someterlos por medio de violentas represiones, se podía tratar de absorber a los trabajadores a través de organizaciones de derecha que los articulen como lo fue el caso de la FONA (Federación Obrera Nacionalista Argentina), una organización sindical que comulgaba con el nacionalismo advirtiendo que los movimientos de izquierda sólo conseguían llevar a los trabajadores a prisión. También en ese sentido, Manuel Fresco durante el gobierno de A. P. Justo fue quien firmó un “código de trabajo” en 1937 para arbitrar desde su posición en todos los conflictos laborales. Evidentemente este movimiento tenía más que ver con manipular con mayor facilidad los momentos críticos, que atender a los reclamos de los trabajadores y satisfacer sus peticiones.

Con lo expuesto hasta aquí, puede verse claramente, que las relaciones del movimiento obrero con el Estado argentino entre 1930 y 1943 no provocaron más que un marcado descontento del sector de trabajadores, quienes no sólo no eran tomados en cuenta en sus reclamos, sino que las veces, hacían de enemigo público de una derecha preocupada en auto beneficiarse y perpetuarse en el poder aún por medio del “fraude patriótico”.

En un contexto en el que las organizaciones obreras tenían un bajo poder representativo, y los partidos políticos que las representaban si no eran proscriptos, se veían insignificantes y absolutamente excluidos del sistema político, el “proletariado” no constituyó durante esta etapa un sector homogéneo, consolidado, que pudiera hacer frente a los mandamientos casi despóticos de la derecha argentina. Sin embargo, como lo advirtió Gino Germani, conformaron un grupo en disponibilidad con demandas cada vez más marcadas que no encontraron respuestas sino hasta la llegada de Perón.

1943 / 1955

La transformación económica y social que vive la Argentina a partir de 1930 sentó bases significativas para los sucesos que se enmarcan en el período peronista y los 3 años anteriores de gobiernos militares.

Como lo explica Daniel James en su texto *“Resistencia e integración”*, para mediados de la década del '40 el número de establecimientos industriales se elevó superando el doble de los que existían hacia 1935. También se dio para esa época un gran aumento respecto del número de obreros en las fábricas que trepó al triple de los que se contaban hasta la mitad de los años '30.

Sin embargo, si bien la industria se expandió notablemente, la clase obrera no fue, al menos hasta el 43/46, beneficiada por esos avances.

Como queda claro en el desarrollo del período anterior, el movimiento de trabajadores en la Argentina hasta 1943 era débil y escasamente organizado.

Las cuatro centrales sindicales que existían en nuestro país eran la FORA (Federación Obrera Regional Argentina), la USA (Unión Sindical Argentina), la CGT 1 y la CGT 2; y cada una de ellas representaba grupos distintos que variaban entre anarquistas, comunistas, socialistas y sindicalistas.

No obstante, como lo marca James, tan sólo el 20% de la fuerza laboral pertenecía a alguna de estas organizaciones.

A partir del golpe llevado a cabo por el Grupo de Oficiales Unidos en 1943 — grupo que entre los personajes más importantes de sus filas contaba con la presencia del Gral. Juan D. Perón — fue cuando la realidad para la clase obrera y para sus movimientos comienza a cambiar.

Desde su puesto como Secretario de Trabajo y luego como Vicepresidente del gobierno militar instaurado, Perón comienza a atender los reclamos de los trabajadores. En una secretaría que hasta ese momento carecía de poder, se comenzaba a cumplir y dar respuestas concretas a varios compromisos que ya había tomado el Estado con los obreros en tiempos anteriores, pero que se habían "archivado" sin ejecutarse.

Al respecto, Angel Cerra, en su artículo "*El modelo de relaciones del trabajo en la Argentina desde la perspectiva de la historia de las ideas*", alude a la convicción de Gino Germani—como referente inevitable del análisis sobre el peronismo— de que la Secretaría de Trabajo y Previsión desde 1943 constituía un quiebre rotundo con el pasado y que la intervención del Estado en cuestiones laborales no conocía precedentes.²

Así como lo advierte James, con su accionar, Perón comenzó a ganar la simpatía de la clase trabajadora.³ Ya no contaba solamente con el apoyo de organizaciones gremiales sino que logró seducir a aquella gran masa que no estaba nucleada en ningún grupo político o sindicato.

Al tiempo que se encargaba de combatir el avance de las izquierdas en el ámbito sindical, sector que reconoció como su base social sustantiva, elaboró un discurso político que por primera vez, desde el poder, le daba a la clase obrera un carácter de participación cívica, además de los beneficios sociales.

Sin embargo, Perón debió operar dentro de la esfera sindical para organizar a su "medida" estas asociaciones, batiéndose con la vieja guardia que también se enfrentaba entonces a una "resignificación de valores".

Los viejos sindicalistas, como lo narra J. C. Torre en "*La vieja guardia sindical y Perón*", habían esperado largos años la instauración de un gobierno verdaderamente democrático que tuviera en cuenta sus necesidades. Si bien la nueva política peronista respondía en gran medida a la solución de los problemas de la clase trabajadora, la vieja guardia desconfiaba de un personaje que emanaba de un sector que simpatizaba con el fascismo.

Entre tanto, durante los años que Perón se ocupó de la Secretaría de Trabajo, el compromiso social que el Estado tomó con la clase trabajadora fue significativo, aunque como lo analiza James, se profundizó mucho más durante su primer período como presidente.

Ante la política llevada a cabo por el flamante Secretario de Trabajo, algunos sectores del ejército comenzaron a disgustarse con una realidad que no comulgaba con sus ideas tradicionales. Fue entonces que bajo la orden del Gral. Avalos y Perón es detenido en la Isla Martín García en 1945.

Al anoticiarse de estos sucesos, el sindicalismo vio desvanecerse rápidamente las condiciones propicias que venía viviendo en lo respectivo a los beneficios sociales. Y esto generó dentro del movimiento obrero una reacción conjunta en el reclamo de la liberación de su "aliado" político.

Habiendo ganado las elecciones del '46, Perón modificó drásticamente la organización sindical que lo había llevado al poder. Disolvió gran parte de los grupos que lo apoyaron—entre los que estaba el Partido Laborista— y creó finalmente el Partido Peronista. Como lo explica L. A. Romero en el capítulo IV de "*Breve historia contemporánea de la Argentina*", en 1947 destituye al entonces líder de la CGT Luis Gay, reemplazándolo por un dirigente que acatará mejor sus directivas.

Todos estos manejos crearon algunos encononrazos entre el nuevo presidente y los sindicalistas que le habían otorgado su consenso. No obstante, según Romero, esto no representó un grave problema para Perón, ya que el reconocimiento de los trabajadores para con quién les había dado importantes derechos laborales y sociales excedía la delicadeza de perder la autonomía política sindical.

² Cerra, A., "*El modelo de las relaciones del trabajo en la Argentina desde la perspectiva de las ideas*", en: "*Industrialismo y Nacionalidad en Argentina y Brasil*", Blanco, T., Cerra, A., Jáuregui, A., Lucchini, C. y Perissinotto, R., Buenos Aires, Ediciones del signo, 1999. Pág. 109 – 134.

³ En este sentido Cerra rescata las ideas de M. Murmis y J. C. Portantiero que, en contraposición a G. Germani, tratan de demostrar una porción importante de la dirigencia sindical tradicional ingresó al peronismo de manera consciente. Y que las migraciones internas de la década del 30 no provenían de las zonas menos modernizadas del país.

Durante los años que abarcaron los dos primeros gobiernos peronistas, el movimiento obrero en la Argentina logró consolidarse y, hacia 1950 la actividad gremial ya no era privativa de los trabajadores industriales sino también de los que se desempeñaban en puestos estatales.

El advenimiento del peronismo significó un desafío tanto para la burguesía que “miraba” con preocupación el surgimiento del estado benefactor en la Argentina, como para el movimiento obrero que, si bien se vio beneficiado por las políticas asistencialistas del sistema sufrió una reestructuración en sus cúpulas organizativas.

El segundo período peronista y el fracaso de su respectivo plan quinquenal marcaron un momento de tensión entre el gobierno y el movimiento obrero. El agotamiento de las reservas de divisas y el giro inevitable que debió dar Perón abriendo la Argentina a los capitales extranjeros provocaron descontento entre los trabajadores. Sin embargo esto no determinó que los obreros apoyaran el consecuente golpe de 1955 de la Revolución Libertadora.

En conclusión, desde la llegada de Perón al escenario político en el '43 hasta su derrocamiento en el '55, el Estado se presentó favorable para una clase obrera hasta entonces desposeída de derechos laborales, sociales y políticos. Y si bien los manejos de Perón, como lo reconocen D. James, L. A. Romero y J. C. Torre, trastocaron la organización del movimiento obrero para obtener una mayor gobernabilidad, le dieron a éste la posibilidad de institucionalizarse para cambiar su posición frente al Estado a lo largo de los años posteriores.

1955 / 1962

Ciertamente los siete años que siguieron al período peronista presentan una división importante que se plasma en una primera etapa militar sucedida por un gobierno cívico. No obstante, el accionar del movimiento obrero luego del derrocamiento de Perón tomará un camino no recorrido hasta esos días.

Como lo explica Marcelo Cavarozzi en *“Autoritarismo y Democracia”*, a partir de 1955 el sindicalismo amplió fuertemente su poder. Había cambiado el modelo hasta entonces existente en el que el Estado velaba por los intereses de la clase trabajadora sometiendo a ésta a la subyugación ideológica de Perón. El alejamiento del líder peronista — que se encontraba exilado — permitió, entre otros factores, que así fuera. Por otra parte, el proyecto de la Revolución Libertadora fracasó no sólo en el ámbito político, sino también en la relación con el sector obrero al tratar de crear un sistema de adhesión libre a los sindicatos para dar por tierra con los lineamientos peronistas de los años '40.

Durante esta época, el sindicalismo comprendió que por medio del voto podía canalizar sus reclamos y pretensiones haciendo colapsar tanto los proyectos del gobierno militar 55-58 (de Lonardi y Aramburu) como las políticas del presidente desarrollista Arturo Frondizi.⁴ La masa de sufragios que significaba le confirió entonces un instrumento fundamental en las negociaciones. Y como sugiere Cavarozzi, sus lineamientos fueron materializados por actores externos al movimiento, situación que le permitió separarse de las consecuencias negativas propias del período de alternancia cívico — militar en la Argentina.

Finalmente, las acciones defensivas del sindicalismo pudieron cortar, como he mencionado anteriormente, con los modelos propuestos por los militares y el desarrollismo. Pero más allá de estos “logros”, nada pudieron hacer — como lo entiende Cavarozzi — ante las transformaciones vividas en nuestro país durante estos siete años.

El desempeño del movimiento obrero entre el '55 y el '62, por otro lado, provocó un fuerte impacto sobre un sistema político profundamente fragmentado. Entre alianzas y conflictos el reformismo populista, los desarrollistas y los liberales debatían cuál era el modelo de país adecuado.

Pero la división entre sectores peronistas y antiperonistas constituye el elemento clave para el entendimiento de los movimientos en la arena política de la época. Lejos de poder erradicarlo por

⁴ En este sentido, Godio, J. en *“El movimiento obrero argentino (1943-1945) Hegemonía nacionalista-laboralista”*, Buenos Aires, Ed. Legasa, 1990. Tercera parte, pág 291 y 292, sostiene la idea de que el subversivismo espontáneo de los trabajadores de octubre de 1945 había impulsado a los sindicatos a formar parte activa del poder político.

medio de la proscripción, el peronismo consolidado aún sin su líder, continuó como un vital grupo de presión y participación en los sucesivos años de la historia de nuestro país.

Conclusión

La historia de la relación del movimiento obrero en la Argentina con el Estado, en los 32 años que recorre este trabajo, está signada por abruptos cambios en términos de participación en el sistema político.

Si tomamos como punto de referencia la creación del Estado Nacional argentino a partir de 1880, veremos que la clase trabajadora ha tenido que "esperar" casi cincuenta años para comenzar a organizarse.

Pero también es cierto, que si ubicamos el inicio del proceso de industrialización en la Argentina entre 1920 y 1930, la rapidez —en tiempos históricos— con que se organiza la actividad sindical es notable.

Creo que es inobjetable que la llegada del Peronismo a la escena política, no sólo contribuyó con esta organización, sino que terminó por engendrar un cuerpo —por momentos autónomo— que se cristalizaría como un nuevo actor relevante para todos los gobiernos que se sucedieron dentro del período.